

Estudios Sociales
Vol. XXIX, Número 106
Octubre-Diciembre 1996

REESCRITURA VEINTE AÑOS DESPUES

Roberto Cassá*

Atendiendo a las recomendaciones de profesores y amigos, he decidido revisar mi libro *Historia social y económica de la República Dominicana*. Varias cosas aconsejan emprender la tarea, habida cuenta de su uso como texto en la educación universitaria y en algunos colegios. La primera estriba en cubrir el proceso posterior a 1965. Se precisa, por otra parte, conceder atención a requerimientos prácticos de un texto que se usa en la educación formal. En otro orden, como en los últimos veinte años se han registrado cambios, en las páginas que siguen se expondrán algunas de las implicaciones metodológicas que debe comportar la revisión.

Tal vez la reformulación de aspectos del libro no llene todas las necesidades y expectativas. Animado por la función social del libro, lo importante es que, por primera vez, se hará su revisión, tarea necesaria en este tipo de obras, por lo que tengo el propósito de retomarla cada cierto tiempo.

* Licenciado en historia, maestría en estudios latinoamericanos (UNAM, México), estudios de doctorado en sociología (UNAM), profesor titular del Depto. de Historia y Antropología (UASD).

I

En ciertos aspectos, cualquier libro de historia tiene una validez temporal restringida, puesto que su función estriba en proveer orientación a un colectivo que está delimitado por un enmarcamiento temporal y espacial. Atiende a las demandas que se formula cada grupo humano sobre un conjunto variable de informaciones e interpretaciones introductorias acerca del pasado y el presente.

Como producto de la necesidad social de interpretación, en cada sociedad se construyen versiones acerca de aquellos procesos históricos, o aspectos de los mismos, que son juzgados relevantes por los segmentos que los generan. Usualmente, en virtud de los medios con que cuenta el aparato público, predomina la versión del poder. Pero no es la única, ya que la formación de un sujeto histórico se acompaña por la formulación de relatos históricos.

Surgen así corrientes historiográficas, que van experimentando variaciones debido las modificaciones que sobre las interpretaciones de la realidad provocan los nuevos procesos. Es normal que, en un entorno de pluralidad de sujetos, los relatos compitan entre sí, contribuyendo a introducir variaciones discursivas. No hay, por ende, relatos cerrados sobre sí mismos. El mismo relato que emana del aparato estatal difícilmente llega a la homogeneidad, a consecuencia de las aperturas que forzosamente practica el estado respecto a la sociedad, así como de la pluralidad de instituciones y sectores coexistentes y los retos que, de forma continua, les presenta la accidentalidad del presente.

En el caso de los libros de texto, se dirigen mayormente a la población infantil y adolescente, su especificidad incluye criterios acerca de la enseñanza que se plasman en procedimientos pedagógicos y componentes que le confieran atractivo.

El texto, ante todo, debe corresponderse con su objetivo: introducir a los educandos y a otros interesados en un conocimiento general que se juzga necesario para la formación de los individuos. Y, puesto que se relaciona a un sistema formal de enseñanza, debe tomar en consideración los parámetros del funcionamiento institucional en que opera. Por otro lado, el libro de texto de historia contiene un compromiso conceptual, aun sea limitado o implícito, que se expresa en frecuentes

REESCRITURA VEINTE AÑOS DESPUES...

matizaciones de conclusiones y en la misma selección de los hechos prioritarios. No obstante lo anterior, está forzado a adscribirse a patrones metodológicos con el fin de introducir a una panorámica suficientemente comprensiva. Esto es, para llenar su cometido, debe poseer la cualidad de conjugar fórmulas pedagógicas y resumir el nivel genérico de conocimiento histórico vigente en la época, guardando correspondencia con las mentalidades predominantes en los medios institucionales que lo patrocina y entre los autores.

Junto a esos determinantes, cada autor -o colectivo- asume elecciones deliberadas que implican el filtro de la subjetividad o un margen de libre elección. Ahora bien, la elección no puede ser arbitraria: el texto, para insertarse eficazmente en el entorno de una época, debe atender a un marco genérico de temas y problemas. De todas maneras, el relato historiográfico no constituye un simple reflejo de patrones dominantes de cultura o de necesidades sociales y políticas. Más que reflejo, el texto parte de un diálogo con los contornos de la realidad, mediante el cual el colectivo de autores -o el autor por separado- contribuye a modificar nociones y a sesgar las necesidades sociales en el terreno historiográfico.

II

La *Historia social y económica de la República Dominicana* fue concebida como libro de texto para los cursos introductorios de historia dominicana, sobre todo de la Universidad Autónoma de Santo Domingo. Su primer tomo se confeccionó entre 1975 y 1976 con el patrocinio de la Editora Alfa y Omega. Se vinculó su edición, pues, a ciertos contornos de la época, caracterizados por una contestación al sistema entre intelectuales y estudiantes portadores de la utopía de una revolución.

En la época era un supuesto compartido por muchos que la enseñanza de la historia debía contribuir al desarrollo de la conciencia entre los sujetos sobre las circunstancias que dieron lugar a la formación del colectivo nacional, como medio para emprender las tareas transformativas que este demandaba para su realización.

Así pues, nación y revolución eran dos conceptos que gravitaban en la caracterización de la realidad y en las tareas a que conducía su

ESTUDIOS SOCIALES 106

comprensión adecuada. Se formulaba un concepto de nación contrastante con el expuesto por la historiografía tradicional; ésta pone el énfasis en el supuesto de la absoluta homogeneidad del colectivo, mientras que la historiografía social parte de las categorías del materialismo histórico, destacando la escisión de todo colectivo en clases sociales definidas por las relaciones de producción o de explotación. La nación se percibía, idealmente, como sumatoria de las clases explotadas, que a través de su lucha tendrían la misión de reconstituir un ideal nacional cohesionador.

Como síntesis de lo anterior, la función de la enseñanza de la historia quedaba concebida como contribución para preparar la toma de conciencia social de los sujetos por medio de las categorías del análisis materialista, aplicadas con prioridad al escenario nacional, en el cual debería desenvolverse el proceso de reconstrucción de la realidad.

Siguiendo esa corriente historiográfica materialista, en el libro se utiliza un formato de síntesis histórica que tiene por primer peldaño el dar cuenta de las estructuras económicas, vistas como la interrelación entre fuerzas productivas (técnicas y capacidades humanas) y relaciones de producción. La evolución de las estructuras económicas acompaña *de un segundo plano: el de la acción de los grupos humanos*, considerados fundamentalmente como clases sociales. La acción de las clases se erige en la esencia del proceso político. De ahí que, en vez de poner el énfasis en la narración de detalles de la historia del poder, estos son deliberadamente omitidos en aras de la comprensión de las líneas maestras que determinaban dicha historia.

La combinación de lo económico y lo social sin duda implica el reconocimiento de un límite, en cuanto que no se alcanza lo total; pero, al mismo tiempo contiene un programa de prioridades. En dado caso, de acuerdo a dicho programa, el logro de una síntesis totalizante dependería de la resolución adecuada del conocimiento de las estructuras y de los determinantes de la lucha de clases.

III

Todavía puede ser prematuro trazar un balance acerca de las ideas vigentes entre los años 60 y 80 en los medios de izquierda. Es bien



REESCRITURA VEINTE AÑOS DESPUÉS...

sabido que se ha operado un giro conservador en segmentos importantes de la comunidad, al tiempo que la mayor parte de los intelectuales se han ubicado en posiciones sistémicas. Por otra parte, aunque razonablemente muchos presupuestos de la teoría materialista hoy pueden juzgarse inadecuados, no hay por qué aceptar los sesgos sistémicos, sino proceder a la recomposición de la teoría como parte de la propuesta de una política alternativa.

En consecuencia, la función del libro de texto de historia ha cambiado, puesto que las tareas transformativas requieren replanteamientos sustantivos, acordes con el contexto en que se desenvuelven los procesos actuales tras la derrota del bloque oriental. Si todavía es lícito abogar por una revolución, debe ser sobre la base de su reconsideración, a partir de la crítica de las experiencias habidas y sobre el reconocimiento de que, como tal, no agota la variedad de tareas del presente.

Estos supuestos tienen consecuencias en la síntesis histórica, acordes con lo que puede visualizarse como necesidades culturales genéricas de un proyecto transformativo. Primeramente, cabe matizar los márgenes de determinación que se acuerdan a la esfera económica. No quiere decir que se la omita, sino que se resitúe su peso y las modalidades de su incidencia. Esto último conlleva la búsqueda de síntesis que den cuenta de la complejidad de los procesos.

Procede, pues, la superación de explicaciones reductivas, a fin de acordar márgenes de autonomía a las diversas áreas en que se puede dividir analíticamente la totalidad social. Ello requiere replantear la división entre la base económica y la superestructura. En dado caso, está planteado hoy como tarea de la ciencia histórica el afinamiento de esquemas que, aceptando fórmulas de determinación, alternen las correspondientes conceptualizaciones totalizantes con márgenes de autonomía de los componentes en que analíticamente se puede descomponer la realidad. En definitiva la autonomía debe enmarcarse en una estrategia de conocimiento que persiga destacar las interrelaciones entre los componentes de la totalidad. Pero se trataría de una totalidad que, al tiempo que resulta de la interrelación de sus componentes, ofrece márgenes para un desenvolvimiento propio de los mismos.

ESTUDIOS SOCIALES 106

Para construir una síntesis histórica que contribuya a las tareas transformativas y que dé cuenta de una visión general de los procesos que interesan, se demanda, en primer término, ampliar el espectro de componentes de la totalidad histórica. Para los fines de una visión general, por tanto, el recorte de la síntesis en las temáticas de lo económico y lo social deja de ser la opción más deseable, en favor de una historia general. Las consecuencias de lo anterior se pueden resumir en la incorporación de lo político y lo cultural como factores con igual importancia que lo económico y lo social. La historia general, así, debe comportar por igual los componentes conocidos en el marxismo como superestructura.

Respecto a lo político, supone darle una configuración analítica y no solamente episódica. Este replanteo conlleva conceder mayor peso al desenvolvimiento de la política a través de la observación de los hechos y de su progresión cronológica. Desde luego, ello no implica el retorno al relato desprovisto de significación teórica característico de la historiografía tradicional; pero sí supone una concepción renovada de lo fáctico, por contraste con el privilegio acordado a lo analítico en la tradición de la historia social.

Esta forma de considerar la política se justifica en que la misma no es solo expresión de conflictos sociales y de determinantes estructurales, sino que comporta exigencias de un proceso específico. De manera que, al igual que el dato estadístico es vital para la captación de la coyuntura económica, el detalle de la actuación de los sujetos en una coyuntura resulta imprescindible para la comprensión de los contenidos de lo político; y esos contenidos, al tiempo que guardan valor en sí mismos, remiten a la totalidad social.

Es un principio muy aceptado que una historia general emana de un recorte que se concentra en lo político, partiendo de un tronco social y económico que puede incluir otros factores, como el geográfico. Pero resulta más adecuada la visión que también integra a la síntesis los fenómenos culturales; parte del corolario de no reconocer economía ni sociedad -sujetos sociales- sin cultura, sin mentalidades explayadas en la vida cotidiana.

La propuesta de operativizar un enfoque globalizante no es ajena a los ajustes de las intenciones transformativas con las vertientes

REESCRITURA VEINTE AÑOS DESPUES...

objetivas de los procesos recientes. El énfasis en lo económico tenía correspondencia con dos supuestos interrelacionados: que la relaciones sociales se definen esencialmente como producto de la dinámica de las fuerzas económicas; y que las posibilidades transformativas se derivan de que en la base económica se llegue a una no correspondencia entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción.

Desde el punto de vista pragmático, era lógico que se relegaran otras esferas de la realidad. A lo sumo, en la medida en que se podía aceptar, un margen un tanto indefinido, a la incidencia de la práctica humana, se derivaban temas a los que se acordaba trascendencia para la educación. Uno de los privilegiados fue el de la historia del movimiento obrero, a tal grado que, en algunos de los regímenes del llamado socialismo real, dicha temática sustituyó en importancia al conocimiento de la historia nacional. Esta preferencia no era ajena a una tradición de hostilidad hacia los fenómenos nacionales en los movimientos obreros y socialistas.

Hoy se ha ratificado la vitalidad de los procesos nacionales, aun en el contexto de la denominada globalización. La atención a lo nacional pasa por una reconceptualización de lo cultural, en la medida en que las naciones tienen por basamenta un reconocimiento subjetivizado de comunidad. Pero no sería esta la única razón para conceder relevancia a los fenómenos culturales. En fin de cuentas, la noción de cultura trata de aprehender la globalidad de expresiones de la comunidad humana, de forma que su inclusión resulta insustituible en una síntesis general.

Varios elementos abonan la necesidad de incorporar componentes de la cultura. Por una parte, se accede a planos de la subjetividad, es decir, de la visión de los sujetos de su devenir, lo que contribuye a la radicalización de la historia social. Como cuestión metodológica, se impone abandonar un objetivismo determinista y asumir un esquema teórico que integre un plano de determinación con el de la capacidad resolutive de los grupos humanos en sus prácticas. Lo anterior recomienda un equilibrio entre la exposición de estructuras o relaciones sociales con sentido de permanencia y los procesos activos de los conglomerados sociales.

ESTUDIOS SOCIALES 106

Ese terreno puede ser aprehendido a través de mentalidades de grupos sociales, como ya se ha hecho de uso corriente en las innovaciones historiográficas de las últimas décadas. Un segundo terreno a ese respecto es el de la vida cotidiana, que a su vez permite acceder a planos más profundos de una época, en aspectos tales como las costumbres. En particular, categorías como mentalidades y vida cotidiana abren el acceso al conocimiento del pueblo, cuestión decisiva para operar una diferenciación respecto al sesgo elitista de la historiografía tradicional. Esta delimita la síntesis en la acción política de las minorías dirigentes, al tiempo que reivindica como actores históricos exclusivos a las figuras de relieve.

Claro está, el objetivo de acceso a la vida de la masa no debe conducir a una visión ingenua, que postule genéricamente que la historia es producto del pueblo. Más bien, habría que llegar a una conceptualización de los procesos como producto de la interacción de diversos agentes. Si bien es indiscutible que los procesos no pueden conceptualizarse como obra de las minorías dirigentes, las mismas no dejan de tener incidencia poderosa. Esto implica que las aproximaciones metodológicas novedosas también deben comportar el conocimiento de las minorías. En segundo lugar, plantea que sigue siendo válido el conocimiento, aún sea reformulado en base a consideraciones estructurales, del proceso político que se gesta en las esferas del poder. Dicho proceso no agota las tareas del conocimiento de lo político, pero sin su captación quedarían ausentes eslabones fundamentales.

La recuperación de lo cultural, al potenciar el conocimiento de las profundidades de la vida del pueblo, puede ser un recurso para acceder a episodios poco conocidos tanto en las investigaciones especializadas como en las exposiciones de divulgación. Es frecuente que los temas que escapan a una relación próxima con la política comúnmente considerada, esto es, la del poder, no sean objeto de atención, lo que entraña una deficiencia sustantiva en la capacidad de exponer los contornos de lo real.

La ignorancia de temas derivados de la noción de cultura no se restringe a los fenómenos populares, sino que también abarca los de las élites, sobre todo si se refieren a la producción especializada de ideas. Tanto el formato tradicional de narrativa política como el recorte más convencional de historia social omiten la aproximación a las

REESCRITURA VEINTE AÑOS DESPUES...

disquisiciones de los intelectuales. Ahora bien, de una u otra manera, éstas se encuentran insertas en el proceso político, ya que a menudo los intelectuales, como cuerpo, están próximos al poder. En otro orden, la recuperación de las preocupaciones de los intelectuales constituye un medio alternativo de conocimiento de múltiples problemas de una época, si se toma en cuenta que los someten a un filtro analítico.

En cualquier caso, la categoría de cultura, al no limitarse al ámbito popular, sugiere la incorporación de las manifestaciones del pensamiento como componentes sustantivos de los procesos. No se trata, por ello, de *exponer una reproducción anecdótica de las obras de autores, de estilos literarios y artísticos o de corrientes de pensamiento político, todo lo cual constituye la materia de los textos especializados de los diferentes renglones.*

IV

En los aspectos de concepción cabe, igualmente, la actualización de algunos estilos utilizados en la *Historia social y económica*. Una de las dificultades que se ha experimentado en el uso de ese texto ha estribado en lo que algunos de los profesores entienden como exceso de densidad conceptual. Hoy, cuando ha disminuido el interés por problemas teóricos, se requiere buscar nuevos instrumentos que permitan la comprensión de los mecanismos de funcionamiento de los procesos históricos. Ello supone articular el requerimiento formativo con un procedimiento expositivo que permita acceder al texto a cualquier persona con una base e interés cultural normal. De tal manera, el relato debe incluir los razonamientos necesarios para la comprensión de la lógica interna de los procesos; es decir, el análisis que conlleva el objetivo formativo se debe aplicar sobre el contenido en el texto.

Un elemento fundamental para que la función formativa del texto logre efectos debe consistir en propender a desarrollar aptitudes en el razonamiento y en la crítica. Se trata de superar la relación de absorción unilateral del educando con el material, a fin de fomentar la toma de posiciones en un proceso interactivo de respuesta. A partir de la información contenida en el texto y de las destrezas que éste contribuya a desarrollar, se deberán proveer lineamientos que estimulen la

ESTUDIOS SOCIALES 106

ampliación del conocimiento en la realidad y en diversos materiales. De todas maneras, el propio texto debe acompañarse de un volumen mayor que el actual de información complementaria que ayude al desarrollo de la iniciativa y a la elaboración de respuestas personales por parte de los educandos, haciendo más dinámico y creativo el esfuerzo de enseñanza de los profesores.

El primer medio para acercarse a ese objetivo radica en acompañar cada capítulo de anexos documentales, así como de información estadística compendiada y operativizada en gráficos. A su vez, estos textos y materiales cuantitativos deberán acompañarse de ejercicios, de comentarios y debates. Adicionalmente, se deberán proveer instrumentos para que los estudiantes acudan a bibliotecas y fuentes en general, como pueden ser periódicos o entrevistas con personas de edad.

Estos ejercicios ayudan a establecer la conexión entre el conocimiento de los procesos pasados y la inserción del educando en su medio vivencial. De alguna manera, se debe tratar de establecer en forma explícita eslabones que conecten pasado y presente y tornen útil y atractivo el conocimiento. Aunque tal vez no pueda resolverse en un texto de este género, por más reformulaciones que puedan esbozarse, habría que desatar la inquietud por el conocimiento de lo local y de otros planos micro de los procesos. Desde luego, no se puede llegar a hacer historias de barrios o secciones rurales, pero es posible proveer esquemas y ejemplos que coadyuven a que estudiantes y profesores internalicen una toma de conciencia acerca del entorno. En el mismo orden, se plantearían posibilidades de conexión con la historia de grupos determinados, como pueden ser comunidades de inmigrantes, profesiones, mujeres, sectores marginados, etc.

En todo caso, el reto que debe asumirse intensamente en la reescritura de este libro consiste en contribuir al desarrollo en la formación intelectual y la criticidad política, como parte crucial de los objetivos de la formación global del sujeto. Esto, a su vez, remite al replanteo del sentido de compromiso social de la elaboración historiográfica y de los procedimientos de su aplicación en la educación. En primer lugar, tal función pragmática requiere discreción en la exposición de conclusiones, como medio de dejar abiertas posibilidades de elaboración y desarrollo por parte de los lectores. Hoy en día, la responsabilidad social en la

REESCRITURA VEINTE AÑOS DESPUES...

elaboración de un texto como el comentado debe orientarse a facilitar la toma de conciencia genérica de los problemas y aportar los instrumentos para pensarlos y enfrentarlos en la práctica.

Queda excluida, pues, la utilización del manual de enseñanza como un recurso de adoctrinamiento o de imposición de puntos de vista cerrados, en base a un uso abusivo del poder que confiere el dominio de los hechos del pasado. Desde luego, un autor tiene derecho a exponer su punto de vista, pero en un libro de texto debe hacerlo de manera equilibrada, intercalando otras posiciones y, sobre todo, permitiendo el ejercicio del conocimiento activo y de la crítica.

La prevención ante el uso sectario de la enseñanza conduce a la definición de cuáles valores deben ponerse sobre el tapete de la reflexión. Habría que privilegiar aquellos que son comúnmente aceptados como patrimonio de la colectividad y sobre los cuales hay escasa controversia. Tal vez el más importante es el del patriotismo, medio crucial para proveer rudimentos a la formación cívica. Y, precisamente, el conocimiento de la historia nacional aporta insumos para la reformulación de los criterios de identidad que hagan viable la perpetuación del sentimiento patriótico.

Claro está, más allá de planos generales, cada sector social o político tiene respuestas e interpretaciones sobre multitud de puntos de la historia nacional. En este sentido resulta inevitable el mantenimiento de un mínimo de elementos provenientes de la subjetividad del autor, pero siempre dentro de supuestos generalmente aceptados, como patriotismo, democracia, convivencia, identidad, etc.